

## QUINTO SERMÓN.

Te pintaré en un cantar  
La rueda de la existencia:  
Pecar, hacer penitencia,  
Y luego, vuelta á empezar.  
CAMPOAMOR.

«¿Quién hallará una mujer fuerte? Es de mayor estima que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo. El corazón de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Ella le acarrea el bien todos los días de su vida, y nunca el mal. Busca lana y lino, de que hace labores con la industria de sus manos. Viene á ser como la nave de un comerciante que trae de lejos el sustento. Se levanta antes que amanezca, y distribuye las raciones á sus domésticos y el alimento á sus criadas. Puso la mira en unas tierras y las compró; y de lo que ganó con sus manos, plantó una viña. Revistióse de fortaleza, y esforzó su brazo. Probó y echó de ver que su trabajo le fructificaba: por tanto, tendrá encendida la luz toda la noche. Aplica sus manos á los quehaceres fatigosos, y sus dedos manejan el huso. Abre su mano para socorrer al mendigo, y extiende sus brazos para amparar al necesitado. No temerá que molesten á los de su casa los fríos ni las nieves, porque toda su familia trae vestidos aforrados. Se labró ella misma para sí un vestido acolchado, de lino finísimo y de púrpura, es de lo que se viste. Su esposo hará un papel brillante entre los jueces cuando se sentare con los senadores del país. Ella teje finísimas telas, y las vende, y entrega también ricos ceñidores á los cananeos. La fortaleza y el decoro son sus atavíos; y estará risueña en los últimos días. Abre su boca con sabios discursos, y la ley de la bondad gobierna su lengua. Vela sobre los procederes de su familia, y no come ociosa el pan. Levantáronse sus hijos y aclamaronla dichosísima, su marido también, y la alabó. Muchas son las mujeres que han allegado riquezas, pero tú te aventajaste á todas. Engañoso es el donaire y vana la hermosura: la mujer que teme al Señor, esa será la celebrada. Dadle del fruto de sus manos, y célebrense sus obras en presencia de los jueces.—Capítulo 31 de los Proverbios.»

No extrañéis, hermosas oyentes, que haya tomado como texto de mi conferencia, primero el cantar profano de un divino poeta, y luego el consejo de la sabiduría, expresado por aquél que también fué poeta—acaso el primer poeta del amor,—y que singularmente os amó

á vosotras en plural. ¿No Salomón, igual que Campoamor, os conocieron y trataron íntima y tiernamente? ¿No ambos tienen su amoroso libro de cantares? Oíd, por ende, las advertencias de los dos, y perdonadles si alguna vez han sido volubles, si han cometido infidelidades á la amada por ser fieles al amor: los dos, señoras, han amado mucho; los dos conocen profundamente el *eterno femenino*, que jamás conoció, ni mucho menos quiso Wolfgang Goethe; los dos, ya que cada mujer es un nuevo libro, según cuentan, pueden vanagloriarse de ser muy eruditos, porque han leído muchos de esos libros.

Salomón, en la epístola que acabo de leeros, dice cómo ha de ser, y realza el mérito de la buena esposa: tal parece que ese incansable enamorado de la mujer, en todas sus bellas manifestaciones, cuando fué al cielo en premio de esta virtud ó de alguna otra, no quiso gozar las delicias de los ángeles, y previo el permiso del Señor, prefirió volver al mundo; tal parece, repito, que está invisible entre vosotras, que os conoce, que os ama como yo, y que quiso pintaros, al delinear el prototipo de la bella, la honesta y diligente esposa.

El otro Salomón, el que no muere todavía, el que no está en el cielo sino en Madrid, deseando hacerse una manta de rizos rubios para tenderla sobre un colchón de bucles de morenas, Campoamor, ha escrito, como sabio sapientísimo, un *Cantar de los Cantares* y un *Libro de los Proverbios*. Ya sabéis que Salomón adquirió el don de la sabiduría, como ahora alcanzamos la felicidad: soñando. Pues bien, de igual suerte se volvió sabio Campoamor: soñando, ó lo que vale tanto, haciendo versos. Pero en esos *Proverbios* que llama *Él Cantares*, tan parecidos á los Versículos de la *Sabiduría* ó del *Eclesiastés*; en esos cuartetos octosílabos, que á veces parecen avispa y otras mariposas, hay tal intención, tal agudeza, y en ocasiones tanta verdad condensada, que bien y dignamente pueden servir de texto á morales sermones. No desdeñéis, por su brevedad, esos *Proverbios*: Vico llamaba á los proverbios oráculos de Sapiencia, lengua de los dioses; preconizaron su empleo los sabios griegos y los poetas gnómicos; los usó Pitágoras en los *Versos Aureos*, para exponer su doctrina; trazábanlos en los monumentos públicos del Atica, para que el pueblo los tuviera presentes, y siente Platón que solo con leer esas inscripciones edigráficas, puede darse el mejor y más acabado curso de moral.

He aquí por qué, señoras, tras de presentaros el retrato de la buena esposa, hecho en Proverbios por el sabio Salomón (que fué casado varias veces), repito el *Cantar* ó *Proverbio* de ese otro sabio que se llama Don Salomón. . . . digo, no, Don Ramón Campoamor y Campoamor:

Te pintaré en un cantar  
La rueda de la existencia:  
Pecar, hacer penitencia  
Y luego, vuelta á empezar.



Próximamente os confesaréis, y ¡ojalá sea conmigo! Ya están cubiertas las imágenes de los Santos, para no veros avergonzadas y para no oír lo que digáis al confesor; ya el trigo que sembrásteis para los altares de la Virgen, brota en espigas rubias; ya se aproxima el día en que para dar ejemplo á vuestras hijas, ó para llevarlas vestidas de blanco á la Mesa Eucarística, tendréis que venir á arrodillaros en esos viejos confesonarios, que son viejos para inspiraros más confianza; ya albean los sobrepellices de los infantes, los paños de los comulgatorios, las azucenas y la Santa Hostia. En ese día, de antiguo consagrado á la primera Comunión, hay lágrimas de madre en la luz y en el aire; en ese día todos sentimos que algunos muertos resucitan en nosotros; en ese día hay ateos, hay descreídos, que vienen como los niños á la iglesia, no á buscar la fe que dejaron olvidada, porque esa ya se la llevaron, pero sí el perfume de las rosas que sembró el cariño en la tumba de muertos ideales; en ese día, algunos desgraciados que ya no creen en Dios, creen en la Virgen, y se arrodillan cuando el sacerdote alza la hostia, porque ese sacerdote es como el recuerdo de su padre y porque esa hostia es toda la blancura de su vida.

Ya sé que vosotras todas comulgaréis el viernes próximo. Vuestras mamás se han de llamar Dolores. . . yo creo que todas las mamás se llaman Dolores; pero si llevan otro nombre, comulgaréis también, porque el nombre de la Madre por excelencia, no es el que dieron los ángeles en Nazareth, sino el que le dió el Dolor, para darle con él, por hijos á todos los humanos. Yo sé, os vuelvo á decir, que comulgaréis, haciendo antes una buena confesión; pero, otras de vuestras amigas, mis señoras, otras confesarán. . . y comulgarán. . . ¡pero de qué modo!

A riesgo de escandalizaros, voy á referiros lo que me decía un incrédulo á quien no he podido convertir, por más esfuerzos que he hecho. —¿Cuál es la eficacia de vuestra confesión?—decíame él.—Divido á las pecadoras en dos clases: las que se confiesan y las que no se confiesan. Y estas últimas, por comparación, me parecen honradas. Que una pecadora vaya al templo y ore, no me parece repugnante: irá á pedir fuerza, gracia ó virtud para arrepentirse; irá como á decir: no entro ahora porque no tengo traje digno, pero volveré en cuanto Dios me lo depare.

Esa, cuando menos, respeta el Sacramento y no lo hace cómplice ni encubridor de sus concupiscencias. Se detiene en el patio, habla con el portero, le pregunta por la salud de la familia; pero no sube, no tiene la audacia de subir y de anunciarse y de entrar en la sala. Pero otras pecadoras—ó que están consideradas como tales en nuestro estado social—llegan hasta el confesonario como á exigir, gratis, mediante una genuflexión y unas cuantas palabras de cortesía y usanza, la cédula blanca, el pase libre para llegar al Dios en quien

ellas creen, puesto que van á buscarlo, pero al que, sin duda, aborrecen, puesto que lo buscan para hacerle la peor de las ofensas: la de obligarlo á que autorice las infamias y las bajezas de su vida.

La Magdalena y la Samaritana se confesaron con Jesús; pero la Magdalena y la Samaritana no volvieron á pecar. Me diréis que esas damas al arrodillarse en la tablilla del confesonario están arrepentidas, ó creen estarlo; pero como yo veo que al día siguiente el amante —y el mismo amante—vuelve al mismo lugar de cita, á la propia hora, y como observo que esto no solo acaece una sola vez, por fatal recaída, sino que se repite doce veces al año, si la señora se confiesa cada mes y no se cansa de tener amores con el mismo hombre, deduzco, en buena lógica: ó la culpable miente al confesor, ocultándole su pecado y cometiendo un sacrilegio, ó el confesor se convierte en su encubridor y su tercero. Porque yo, confesor, le diría á esa reincidente: Con esta van tres veces, y á las tres, como dice el vulgo, es la vencida.

¡Ya no absuelvo!—Pues qué, ¿vuestro deber en el tribunal de la penitencia, *padre Job*, es nada más el de oír? ¿No tenéis la hermosa obligación de aconsejar y dirigir? Si aconsejáis y vuestros consejos no dan fruto alguno, tenemos los no católicos el derecho de afirmar que sois muy tontos y que os embaucan si os hacen cómplices en el pecado, resultando de todo ello que la confesión no solo es inútil socialmente, sino perniciosa, porque otorga en cualquier día y á cualquier hora, una absolución fácil, facilísima, de los pecados cometidos. Hay mujeres que se confiesan de igual modo que otras se lavan las manos. Se les ensucian, manos ó conciencia, cuatro ó seis veces al día, y cuatro ó seis veces se lavan ó confiesan. Estando ya seguras de esta fácil limpieza. . . no usan guantes.

El infeliz hereje, mis señoras, que pronunciaba estas palabras, se equivoca; pero da vitalidad y fuerza á su blasfemo error, la conducta de muchos cristianos malos que confiesan malamente y que pervierten los nobles fines de este Sacramento. No, no es verdad que nosotros los confesores nos limitemos á oír, callar y absolver. Habrá algunos así, porque en todas las clases hay hombres infelices que no son buenos. . . ¡Compadecedlos, porque hacen mucho mal! Pero el confesor evangélico, el confesor como San Francisco de Sales, inmortal y hasta laicamente bello, ese habla en el confesonario al penitente con la mayor de todas las elocuencias; con la elocuencia de lo que se dice en voz baja y con muchísimo cariño, con la elocuencia del que habla, no á una muchedumbre, sino á un alma. Y ese confesor dice á la esposa que ha faltado á sus deberes. Abajo de la justicia divina, cuyos inescrutables fallos no conocerás hasta que tu alma, libre y desnuda se presente á su Creador, hay otra justicia divina que se ejerce en el tiempo y se manifiesta en la humanidad. Por ella acá, en la tierra, trae todo delito su castigo; y así como el



dolor es un gemelo pensativo y enlutado del placer que siempre va en pos de su hermano, así tras del pecado va siempre, como policía astuto, el castigo. Suele el dolor no encontrar al placer ni el castigo al pecado. . . . pero solo cuando la muerte se interpone y los separa. Pero entonces los dos perseguidores corren tras de los fugitivos; y como la muerte quédase en la tierra y no hay muerte en el otro mundo, en ese los alcanzan.

Yo te perdono, porque ese es mi deber, pero jamás podré decirte: ¡quedarás impune! Procura, no reincidiendo, arrepintiéndote en lo más íntimo del alma, amenguar el castigo que te imponga esa justicia divina hecha carne, de la que te hablaba. Tal vez sea tan grande tu arrepentimiento, que haga llorar á la Piedad Suprema, única que suele desarmar á la justicia. Pero, te digo por segunda vez: ¡no quedarás impune! Si eres buena, en lo de adelante será el dolor, será el remordimiento tu castigo. Si no lo eres, yo no sé en qué día, yo no sé en qué plazo, yo no sé en qué forma vendrá la expiación: pero te aseguro que vendrá. Tampoco te amenazo con el puñal del marido agraviado, ni con la ley que castiga á la adúltera: hay maridos que matan, maridos que no matan y maridos que no tienen vergüenza. Pero no son ellos los únicos justicieros: la gran justiciera es la vida. Y ella castiga á la adúltera en la hija desgraciada, en la hija perdida, en el hijo vicioso; ella le da al pecado sangre mala para que engendre mala prole; ella ahorca á la pecadora con sus propios cabellos; ella le paga con el desprecio de los otros lo que ella dió—no en amor, porque el amor es lo que siempre obtiene perdón,—sino en vanidad ó deseos bajos. Teme á la justicia divina que está en el cielo; pero cree en la justicia divina que se hizo carne y que habita entre nosotros.

Esto decimos, mis señoras, los confesores honrados. Mas para que los incrédulos, como ese cuyas palabras cité, no tengan pretexto de hablar así, bueno es que las penitentes nos ayuden. Confesáos poco; pero bien; cuando estéis—ya sabéis á quiénes me dirijo . . . . á las amigas—cuando estéis suficientemente arrepentidas. Que se corrijan ellas . . . . las amigas, de sus graves defectos, y vosotras de vuestras mínimas imperfecciones. Así, dirán los maridos de las buenas, por más herejes que sean:—¡Hombre, siempre es útil que se confiese mi mujer!—Y así los iréis ganando para la buena causa.

Pésimo es que digan como el desventurado amigo mío:—para muchas el confesor es un jabón y el confesonario es un lebrillo.

## SEXTO SERMÓN.

Vamos á entrar, señoras, en la Semana Mayor, llamada así, no porque tenga mayor número de días que las otras, sino porque en ella gastan más los padres de familia. Y dije «vamos á entrar» porque no sé con certeza si las semanas empiezan en domingo ó en lunes: me inclino á creer lo último porque en domingo se descansa; de manera que ese día, es como la noche ó la cama de los otros. El Salvador resucitó en domingo y muy temprano; pero ningún artesano de los nuestros se ha levantado en el propio día á la misma hora: y aun cuentan que los lunes también para ellos continúan siendo domingos. En México, los lunes caen en martes.

Vamos á entrar, repito, en la Semana Santa, por más que no esté canonizada todavía; á la Semana que huele á huauchinango, á la Semana en que se dan pésames, pascuas, días y matracas. Debemos ponernos serios y comprarnos un vestido.

Parece que hace muchos años, allá cuando eran recientes las noticias que ahora nos comunica la agencia de telegramas postales, bajo el nombre de «Servicio de Noticias Extranjeras,» en la Semana Santa era de uso y de rigor que las señoras estrenaran un vestido. No estoy seguro de si leí ayer esta nueva en la primera plana de *La Patria*; pero creo que sí.

Hoy, mis señoras, *estrenáis* más á menudo, y hacéis bien, aunque algunos pesimistas digan que la mujer es un libro barato cuya pasta resulta un poco cara. Antes la mujer era como el ave, que empluma una vez al año. Hoy despluma con más frecuencia.

¡Lejos de mí el propósito de echaros en cara esa exigencia inoportunísima! Lo que os aconsejo siempre es esto: ¡Sed bonitas! y para que seáis bonitas, indispensable ó, cuando menos conveniente, es que andéis bien vestidas.



Un sombrero elegante suele ser la disculpa de una cabeza sin meollo, y hasta se les perdona á muchas mujeres que no tengan corazón, en gracia del corsé. Desde el principio de los tiempos ha sido igual la manera de seducir: para Adán, la manzana; para Eva, la hoja de higuera. Solo que cuando toda la humanidad estaba en el Paraíso, esa hoja era de media vara. Ahora es de muchos metros.

Vestíos bien, señoras mis oyentes; ¡nunca os diría lo contrario! Vestíos con todo el lujo que podáis, es decir, con todo el lujo que puedan gastar vuestros esposos; la elegancia es la peinadora de la hermosura, y el traje es la carta de recomendación que enseña el cuerpo. Más para que transmitáis mis consejos á aquellas que lo necesiten, voy á daros algunos.

Un vestido es, á veces, lo que más desviste un alma. ¿Cuál es la piedra de toque de la mujer? El diamante. Estad atentos junto al aparador de una tienda de modas ó junto al escaparate de una joyería; observad á las mujeres honradas que se detienen á ver las alhajas ó las telas: yo os diré qué miradas dicen ¡no! cuáles ¡sí! y qué otras ¡puede ser. . . ! ¡Margarita, señoras, siempre Margarita! Pero esa Margarita que tanto han idealizado la música, la pintura y la cursilería poética; esa Margarita á quien amáis sin conocerla bien y solo porque la habéis visto en el teatro vestida de blanco y con cabello rubio, esa Margarita del poema-estátua, inmortalmente hermoso é inmortalmente frío, no tiene el encanto que le han prestado los comentadores de Goethe, los enamorados de ella.

Se observa en sus cantores el fenómeno de cristalización que señala Stendhal en todos los que se enamoran. Prestan á sus amadas los hechizos de su ideal, las visten de ellos. Margarita parece ángel, porque es rubia; Margarita parece santa, porque es bella; pero acercáos á mirarla bien: deja las flores por las alhajas, desprecia á Siebel pobre por Fausto rico; se vende, para decirlo de una vez. . . Si no hubiera sido desgraciada, como lo son casi todas aquellas que se venden, la aborreceríamos. ¡Pura, Ofelia; honrada, Desdémona; santa, Cordelia!

Y así, como esa Gretchen de pelo rubio, hay muchas otras Gretchen de todos pelos que andan por ahí. También algunas salen de la iglesia, como Margarita, y pasan por la plaza. . . solo que pocas son las que tropiezan con un Fausto.

Pero lo que en el Paraíso se llamó hoja de higuera—y era de cortas dimensiones;—lo que sobre esa hoja de higuera se llamó rocío y se llama hoy collar de brillantes, continúan siendo las más poderosas armas de la eterna serpiente, conocida hoy con el nombre de vieja tras de la cual viene un viejo. . . generalmente hablando.

Á otras que no son Margaritas ni andan *inter-pócula*, también les agradan mucho esas vanidades que son tan bonitas, que me gustan tanto y que resultan tan costosas. Querría tener mucho dinero

para comprarles todos esos alifafes que no pueden comprar todas las bonitas pobres. Ya están perfectamente vestidas por la naturaleza, que es la modista más judía porque nos cobra matándonos; pero no se les permite usar el traje, y por lo mismo, buscan ellas con justicia el que sea digno. . . del otro. Pues bien, santamente hacen. Nada más me permito aconsejarles que no sacrifiquen á ese gusto la comida. ¡No, primero es comer y luego tirarse con los platos! No cercenen del *gasto* para agua dentrífica del Dr. Pierre, lo que les sería más útil emplear en vino de Burdeos. Primero come uno y luego se viste. . . es decir, se viste para salir á la calle. Sobre todo, señoras, no hay razón para que el marido, á fuerza de ayunos, se vaya desvistiendo de la carne que Dios le dió y quedándose en huesos, para vestir á su mujer.

También aconsejo que esta afición á los mundanos atavíos, muy natural, muy justa en las hijas de quienes son, no se manifieste de una manera solemne con repique á vuelo. Si el esposo, aunque se engañe, llega á creer que la compañera de sus días y de sus noches tiene por principal preocupación la de prenderse y adornarse, acaba por confundirla con el perchero y tratarla lo mismo. Ya ella y el *manequí* le son iguales.

Nada más justo, señoras, que procuréis llevar hermosos trajes. Conozco maridos que se gastan en el casino, en el club, en la cantina, en otras partes, lo que se vería tan bonito en forma de plumas sobre las cabezas de sus mujercitas, ó ciñendo, convertido en perlas, sus gargantas. Vosotras cumplís con ser hermosas; pero ellos están obligados á procurar que honestamente luzcáis vuestra hermosura. —Dadles cuanto os sea posible—digo yo á esos maridos;—¿qué mayor alegría que la de comprar una alegría, aunque sea momentánea—¡al fin así son todas!—á la mujer amada?

Pero también les digo á las señoras:—¿Y no podéis vosotras, pagar esos vestidos, esas joyas. . . ?—Ya, ya sé que el señor tiene la llave de la gaveta. . . Ya sé que no podéis recibir dinero por otro camino. Pero no solo se paga con dinero. ¡Hay tantas cosas que no pueden pagarse con monedas! Si á ese brillante que os da vuestro marido en el día de cumpleaños, contestáis con una lágrima cuando él esté triste; si á ese sombrero que él mismo os pone en la mañana de año nuevo, respondéis con una sonrisa, pero no con la sonrisa de ese día, no con la obligatoria, no con la que se dirige al sombrero, sino con la que se aplaza para más tarde, para cuando se necesite; cuántos más trajes, cuántos más sombreros, cuántos más diamantes tendréis, señoras mías! ¿Qué os visten bien? ¡Muy debido. . . siembre que no sea *debido!* Vestid vosotras de hermosura y gracia el alma. Esos trajes solo los saben hacer las buenas. . . ¡esas buenas que solo conocen muchos padres, algunos casados y casi todos los hijos! Que paguen los maridos en el vil metal—tan



estimado por mí,—á modistas y joyeros: no podrá pagaros á vosotras el beso dado á tiempo, el nuevo traje lleno de gracia con que vestisteis vuestra inteligencia ó vuestro sentimiento. Vestíos de limpio el alma todas las mañanas, y de nuevo . . . . siempre que podáis.

El amor no es monótono sino cuando son tontos los que se aman. Lo monótono es el tédio. Y como tan fácil es para vosotras comprar vestidos nuevos á las almas; como tenéis sin estrenar, tantos millones de sonrisas diferentes; como cada palabra y cada sombrero cambia de forma en vuestras manos de hada, yo os aconsejo que os dediquéis á ese tocado interno, así como aconsejo á vuestros maridos que paguen el exterior; pero ya sabéis, señoras mías, que hoy no solo se estrena en Semana Santa, sino en todas las semanas. . . . aunque sean muy malas.

## ÚLTIMO SERMÓN.

Un venerable padre de la orden de Tirso de Molina, el padre Manuel Bretón de los Herreros, dice en una de sus comedias:

No hay cosa como morir  
Y resucitar después.

Deja entender que una segunda vida pasada en el propio mundo que habitamos, debe de ser risueña y deleitosa, porque al creernos idos para siempre, hacen los hombres justicia plena á nuestro mérito y, con largueza, en bondades y halagos nos compensan los agravios que nos hicieron y las penas que nos causaron. Esto es cierto en tanto que la muerte sea tal muerte y la resurrección una mentira. Si están seguros de que ya no hemos de volver, ¿para qué han de gastar la pólvora en salvas y la envidia en muertos, cuando tanto la necesitan para los vivos? Pero si supieran que al calce de un certificado de fallecimiento podría escribirse, á guisa de acotación, como en las antiguas comedias españolas: «*Mutis.*» Hace que va y vuelve,»—dígoos en verdad que serían pocos en elogios y que guardarían bajo siete llaves sus rencores para sacarlos á relucir en sazón oportuna. No; bien está la muerte como está. Es conveniente morir de veras y no resucitar sino en otro mundo, allá en donde todavía no tenemos amigos. ¿Qué resucitado dichoso podéis señalarme? Creo que resucitado hombre, solo ha habido uno, Lázaro; porque Jesús, es Dios. Y desde que Lázaro resucitó no volvimos á saber nada de él; nada dijeron los evangelistas con relación al redivivo; se calló como un muerto. El monje Alfeo, otra especie de resucitado porque pasó en éxtasis cien años, al regresar á su convento y no encontrarse con sus hermanos, lo que hizo fué morir de verdad y



de pena. Jesús mismo, con ser Dios y con haber resucitado al tercer día, cuando había lágrimas aún en los ojos de las humanas criaturas, lo hizo solo para dar una muestra de su gran poder, pero no con el designio de seguir viviendo mortal vida, puesto que, según las Santas Escrituras, no volvió á sus tareas ni á su eficaz apostolado, sino que apenas aparecía, por instantes breves, á aquellos que más lo amaron en la vida.

Creedme ¡oh mis señoras! la muerte está bien hecha. Hay algunos afortunados que si resucitaran al tercer día de expirar, llenarían de júbilo las almas de los seres queridos; pero si esos mismos revivieran tres años después de haber rendido el postrimer aliento, acaso encontrarían un amor despierto, uno de esos cariños que jamás tienen sueño; pero, en cambio, ¡cuántos desengaños! ¡qué obscuridad y qué frialdad de olvido!

Hay que morir resueltamente; hay que decir adios sin reticencias ni condiciones; hay, en suma, que ser serio y formal para morir. Seamos indulgentes con las personas amadas á quienes dejamos en la tierra. Que nos den, mientras vivimos, toda su bondad y toda su ternura; pero no pidamos la eternidad á lo finito, ni la constancia á lo que es inconstante por naturaleza. Que nos lloren un poco: esas lágrimas calientan las almas de los pobres muertos; pero si todavía tienen capital de amor, forzoso es que le den algún empleo. Eso es muy triste, y por lo mismo, es cierto.

Yo me figuro el corazón como un búcaro al que traen sus flores otros corazones. Si se rompe este búcaro nuestro, si lo llenan de tierra, si ya en él no puede prender sus raíces planta alguna, no por ello deja de haber flores en las otras almas, y esas irán á esconderse y reclinarse en otras ánforas.

¡El amor eterno. . . ! Qué hermoso ideal! Amar siempre lo mismo, y amarlo eternamente; ser dos, y ser uno para siempre; emborracharse en otra alma como la gota de tinta roja en el papel poroso; tomar el color de la mujer querida, como algunos insectos toman el color de la hoja en que se posan; llegar á la unidad absoluta y perdurable, soñar inmortalmente el mismo sueño. . . ¡qué ventura!

Pero solo los ángeles, señoras, saborean la monotonía de la felicidad. Y ellos nos ganan con ventaja, porque no tienen cuerpo, porque están fuera del tiempo y el espacio. Al meditar en ellos, muchas veces me he dicho: ¿para qué tendrán alas los ángeles? Ellos que siempre están quietos, de rodillas, contemplando á Dios, ¿para qué quieren alas?

¡Alas, nosotros los que vivimos en desasosiego inacabable; alas, nosotros que jamás pasamos luengas horas de contento en un mismo lugar; alas, nosotros que buscamos quién sabe qué por todas partes! ¡Y á nosotros negáronnos las alas que ostentan, cual prenda inútil, los querubes!

palabras que eran puras, que eran vírgenes cuando, por primera vez, él las oyó! ¡Y esa obra suya, solamente suya, todo lo que él enseñó en la ciencia del amor, todo lo que deja de él en esa criatura, va á pasar á manos ajenas y desconocidas, para que en ellas fructifique.

Ya miráis, señoras, cómo en esta resignación al olvido, llevamos nosotros la peor parte. No quiero contristaros ni despedirme dejándoos una triste impresión: por eso os digo que tras de la losa no se oye, y que cuando nos cierran los ojos no volvemos á ver. Yo presumo que la bienaventuranza ha de consistir en hallarnos al morir unidos para siempre y sustancialmente con los seres que amamos, así con los que se fueron antes que nosotros, como con los que dejamos en la tierra.

Dios ha de haber hecho un par de cada criatura: la que viene á la tierra y la que aguarda en el cielo, pero iguales, idénticas. Poco importa que se case con otro la compañera de quien nos separamos al morir: esa es como la imagen proyectada en un espejo. Y como en el cielo nos encontramos con la misma, pero eterna ya, y como allá todo es inmutable y no tornadizo, creeremos que nuestras viudas se murieron de dolor el mismo día que nosotros. Y hasta es posible que las de allá nos digan que así fué. . . . porque así sois, señoras, así sois.

De todas suertes, mis señoras, no resucitéis. . . . por sí ó por no.

LAUS DEO.